

7. P. José Villarroya

El P. José Villarroya nació en Villarroya de los Pinares (Teruel) en 1714. Estudió en las Universidades de Valencia y Zaragoza, completando luego su carrera eclesiástica. Empezó su noviciado escolapio en Zaragoza en 1739, y profesó en 1741. A petición propia, fue maestro de las escuelas inferiores. Dada su preparación, piedad y don de gentes, le dedicaron los superiores al confesonario. Pero su vocación era la enseñanza. A ella volvió, dedicando, además, los ratos libres a escribir sencillas obras de teatro, en prosa y verso, para completar la formación de sus alumnos. A la vez, defendió con sus escritos el prestigio de la Orden en Zaragoza, unido al P. José Ezpeleta. Los fines de sus obras indican que no hay que buscar en ellas ni profunda inspiración, ni estilo elegante, a excepción, sin duda, de las escritas y publicadas en honor de San José de Calasanz. Murió joven y con fama de hombre santo en Zaragoza en 1753.

*He elegido entre sus obras un breve discurso que debió servir en alguna de las Academias en las que participó, titulado **Discurso sobre la Latinidad y Humanidad**.¹ Escrito por el P. Villarroya, lo recitaría (de memoria) algún alumno aventajado del último curso.*

Si viviéramos en un siglo y en un Pueblo menos ilustrado que el presente; si no fueran tan notorios los adelantamientos que en nuestros días han hecho en las Bellas Letras los Jóvenes estudiantes con admiración y pasmo de la Europa; si el entendimiento y prudencia de un Congreso tan respetable y autorizado no me dieran bien fundados motivos para lisonjearme su benevolencia, su docilidad y su atención en un argumento digno de tal concurso, y en que interesa toda la sociedad humana, podía yo temer, y con razón, que se me escucharía no solo con indiferencia, pero con desagrado y con desprecio. Mas por fortuna hemos venido al mundo en ocasión en que hallan ya buena acogida las letras, en que se ama el saber y en que hay hombres que son justos apreciadores de cuantos procuran promover la Latinidad. ¿Qué argumentos se me ofrecerían a la imaginación si quisiera yo persuadirlos la unidad de una lengua estimada aún en los siglos de la ignorancia y de la barbarie? ¿Qué razones tan fuertes y poderosas para probar la nobleza de su origen, el aprecio que se mereció siempre de todas las almas grandes y la necesidad de aprenderla bien para poder lucir en el teatro de la República literaria? Pero pienso, y creo que no me engaño, O. M., que todos vosotros estáis persuadidos de esta verdad, y que, en cuanto a estas prerrogativas, son unos mismos los sentimientos del Auditorio y del Orador; otra verdad no menos importante a la Juventud deseosa de una educación sólida ni menos digna de nuestra consideración y sabiduría, llama al presente mi oración. Lo diré brevemente.

Esa que llamáis Latinidad y Humanidad, y que vosotros, amados Condiscípulos y Compañeros míos, deseáis aprender en esta edad es inseparable de la Historia Romana, Cronología y Geografía, de suerte que quien no esté medianamente instruido en estas facultades podrá calzar los zuecos de Gramático, más no el primoroso coturno de Latino y Humanista. Escuchadme primero, por vida vuestra, y examinad después con la recta regla de vuestra crítica todo cuanto dijere en apoyo de mi proposición.

Si pudierais trasladar de repente a vuestras manos, y poner delante de vuestros ojos solo el primer libro de Tito Livio, bastaría esta prueba tan sencilla para convencer y persuadir la primera

¹ Biblioteca Provincial de Emaús, Papeles Varios, 10/23. Manuscrito, 6 páginas.

parte del importante argumento que tratamos. Pero aún el más preocupado contra estos sentimientos no puede dejar de confesar que no solo este célebre Paduano, cuya fama arrastró a Italia muchos españoles, sino que también otros casi infinitos Historiadores, Oradores y Poetas, a quienes debe la Lengua Latina aquella elegancia, pureza, aseó, majestad que universalmente reina en los Varrones, Cicerones, Césares, Cornelios y Catulos, hablando a cada paso de la religión, gobierno político y militar, navegación, monumentos, edificios públicos, juegos, combates, espectáculos, comidas, vestidos y monedas de los romanos. ¿Qué nombres más frecuentes en estos Maestros y Patriarcas de la Latinidad que los de Emperador, Cónsul, Dictador, Censor, Legado, Pretor, Edil, con otros seiscientos de otras tantas dignidades? ¿Y habrá, O. M., quien piense poder formar una justa y cabal idea de todas estas cosas ignorando enteramente la Historia, Ritos y Costumbres de un Pueblo que por las letras, no menos que por las armas, se hizo la admiración del universo? ¿Cómo es posible llegar a tener un justo conocimiento de alguna facultad, no entendiendo el lenguaje de los Maestros y Autores que la tratan? ¿Será acaso no más que una vana curiosidad el estudio de aquellas cosas, conque o no hemos de leer los Autores Latinos, o es forzoso que tropecemos a cada paso? Así neciamente discurrieron los que reñidos con las Musas y ensoberbecidos con la satisfacción que les dan o sus riquezas, o su edad empleada en novedades, o su crédito conseguido por su verbosidad y avilantez censuran agriamente a los que aspiran a saber lo que no aprendieron ellos, o por descuido o por falta de penetración. Pero no es así.

Y si no, decidme vosotros, desapasionados y eruditos oyentes: ¿habéis echado mano alguna vez de estos autores en que no os haya ocurrido algún paso alusivo a sus Dioses, Sacerdotes, Templos, Sacrificios, fiestas, Asambleas, Magistraturas, Leyes y Juicios, en fin, a la forma y manera de gobierno? ¿Hubierais entendido estos pasajes sin el conocimiento que os ha adquirido la Historia Romana, a vuestra afición a la Latinidad y Humanidad? Por donde debe entenderse, amados Condiscípulos y Compañeros míos, que o es un mismo el estudio de la Latinidad y de la Historia Romana, o que, si son distintos, son absolutamente inseparables. Registrad ahora con cuidado estos mismos libros que maneáis en las Escuelas y advertiréis que en cada página, en cada periodo, y aún en cada línea, se hace mención de la destrucción de Troya, de la fundación de Roma, del Imperio de Alejandro; tal vez de la primera, segunda y tercera guerra púnica; del Imperio de Augusto, y de otros puntos fijos raíces y principios, por relación a los cuales escriben los Autores Latinos los sucesos que corresponden a cada uno de los siglos. No será, pues, una lección árida y desabrida la que aquellos que tomando en sus manos los Livios, los Tácitos, los Salustios, los Nepotes, se hallan enteramente destituidos de todos estos conocimientos que nos suministra aquella inseparable compañera de la Historia, y no de la Matemática, la Cronología. Y si es necesaria una tabla cronológica en la Escuela de Humanidad, ¿quién sin el mapa geográfico del Asia podrá conocer bien las ilustres hazañas de Temístocles, Cimón, Agesilao? ¿Sin el de la Acaya, Peloponeso y Macedonia las de Alejandro, Filipo y héroes de la guerra de Troya? ¿Quién sin el de la Italia y Cilicia las de Aníbal, Escipión, Dion, Timoleón y capitanes romanos? ¿Quién sin el de la España y costas de África el esfuerzo de los Cartagineses, la fidelidad y valor de los Españoles? ¿Quién, por decirlo de una vez, sin el mapa de las de las Galias y Alemania, las hazañas de los héroes y emperadores romanos que con tanta delicadeza nos refieren Livio, Salustio, Nepos, Suetonio, César y Cicerón, y adornan los poetas Virgilio, Horacio, Ovidio, Silio Itálico y otros muchos, fuentes a la verdad de todo buen gusto de literatura, y primor de ánimo humano? Pero descendamos a algunos casos particulares, para que vean los mal avenidos con esas ciencias, nuevas para su ignorancia y muy antiguas para los verdaderos Latinos y Humanistas, que no son razones puramente especulativas aquellas en que se apoya esta verdad. Y ante todas cosas, traed a la memoria los instruidos por libros latinos

y no gramaticales aquella ingeniosa estratagema con que, según cuenta Cornelio Nepote, se apoderó de Lemnos aquel gran capitán de los atenienses Milcíades, y decidme por vida vuestra si quien ignora la situación de Atenas, Lemnos y Quersoneso podrá entender un pasaje tan ingenioso y de tanto primor. Por el contrario, ¿quién habrá tan rudo que luego no lo entienda con el corto trabajo de demostrar el Maestro sobre el mapa estos lugares al tiempo mismo de la versión?

De la misma suerte y con igual felicidad, quien supiese el nacimiento y curso del Araris o Saona y del Tigris explicará sin duda la primera égloga de Virgilio, y se hallará por otra parte muy embarazado quien carezca de estos conocimientos sin saber distinguir si verdaderamente erró el Poeta en la geografía, o si afectó una rústica y grosera ignorancia, muy conforme a la persona del Pastor Títero que representa en aquel lugar. Sin dejar el Virgilio de las manos, me ocurren muchos lugares que como habéis podido notar A. C. y C. míos, no se pueden entender sin la explicación de la Esfera, Globo terráqueo y Hemisferio celeste. Él habla de las cinco zonas que dividen la Esfera; él habla de los Círculos mayores y menores que la componen, y señaladamente de los doce signos del Zodiaco. Él habla de las Pléyades, de las Hiadas y de las Orsas; él habla de otros muchos astros, de muchos reinos, provincias, ciudades, montes y ríos. Por donde ya entendéis se convence claramente que, así como ninguno podrá con verdad llamarse Teólogo si no está versado en las divinas letras, y si no tiene alguna noticia de los Sagrados Cánones y de los Anales de la Iglesia, de la misma suerte ni será ni se podrá llamar Latino quien carezca de los conocimientos y socorros de que hablamos, siendo verdad lo que dijeron Platón y Cicerón, a saber, que todas ciencias se unen entre sí con un como vínculo común. Pero ya me parece estoy leyendo en el interior de algunos dos objeciones, entre contrarias, pero de ninguna monta. No falta quien piense que la aplicación a la Geografía y Globo es ajena de la Gramática, y que no es sino un adorno superficial. Y será justo que malogremos el tiempo en rechazar los sutiles y aparentes argumentos que nos pueden oponer estos abogados de la ignorancia, enemigos declarados de lo que no aprendieron. Sería yo poco cuerdo o, por mejor decir, mucho más necio que ellos, y los seríais vosotros también, A. C. M., si a unos y a otros nos sirvieran de tropiezo en la carrera de nuestros estudios tan sutiles y vanos embarazos. Otros, convencidos de la razón, pero enemigos del trabajo, confiesan ser necesario para la Latinidad el conocimiento de las ciencias que recomendamos, pero con todo, compasivos con la Juventud, les parece se necesita de mucho tiempo y más trabajo para llegar al conocimiento de estas ciencias. Pero desvanézcase esta objeción con la noticia de que no persuado yo esta verdad, este estudio a los Jóvenes delicados que pasan su vida en las flojedad, ocio y diversión. La ciencia es señora laboriosa y retirada, y nunca se agrada sino de lo que huyen la ociosidad y aman el trabajo. A estos se dirige mi razonamiento, pues no dejáis de conocer los juiciosos que se puede esperar muy poco de aquellos jóvenes que, dejando de imitar la naturaleza con frívolas excusas, con fingidos males, con excusas de pequeña robustez, y lo que es más cierto, por huir el trabajo, no quieren vestirse en el principio de estas flores para cargarse después de frutos sazonados.

Por tanto, amados míos, acordándoos de aquella constancia en sus propósitos, que hace el carácter de un buen aragonés, proseguid como habéis comenzado; no os desviéis ni un punto de la gloriosa carrera que habéis emprendido con tanto honor; no os dejéis llevar de los malos ejemplos que veréis en muchos de vuestra edad; lamentaos antes de sus talentos mal empleados; de sus padres que por falsa contemplación se avergüenzan de hijos tan perdidos; lamentaos de la Patria que cría hijos escandalosos, no ciudadanos cristianos y políticos. Vosotros no os rindáis a las nocivas persuasiones de los ignorantes; abrazad con gusto las dificultades y trabajos que lleva consigo la Humanidad, considerando el fruto grande que os acarreará este estudio, con que a su tiempo estaréis tan contentos y gozosos y tan olvidados de los trabajos

pasados como lo está el Labrador al ver su cosecha recogida, y el codicioso Mercader al ver en el puerto sus ganancias.